AÑO VI, NÚMERO 257 / DOMINGO 16 DE SEPTIEMBRE DE 1990

EL PAIS

DOMINGO

Rehenes del desierto

Los emigrantes asiáticos hacinados en campos jordanos, víctimas sin nombre del conflicto del Golfo

JAVIER VALENZUELA

En este rincón del desierto que hace de frontera entre Jordania e Irak está lo que el siglo XXI parece prometer a dos terceras partes de la humanidad: las plagas de la violencia, el éxodo, el desarraigo, el hacinamiento, la sed, el hambre y los escorpiones. Aquí, en los campamentos de refugiados de Ruweished, Asia se desangra a chorros.

Hace unos días, la reina Noor de Jordania fue a los campamentos. Millares de hombres y mujeres oscuros y menudos miraban atónitos a aquella dama alta, rubia y hermosa como un cuento de hadas que les visitaba. Un hombrecillo se adelantó y osó preguntar a uno de los altos funcionarios que acompañaban a la dama:

—¿Quién es?

—Es la reina Noor de Jordania.

—¿Jordania? —repitió el hombrecillo sin comprender muy bien qué es lo que esa palabra quería decir.

—Sí. Su majestad —añadió el funcionario para aclarar las cosas— es la reina de este desierto.

—¿De este desierto? ¡Pobrecita!

Las gentes de Asia nunca habían visto nada peor que Ruweished, el lugar maldito donde el destino parecía tenerlos aparcados indefinidamente.

Delante de un camión cisterna del Ejército jordano, un millar de almas, una Babel de indios, bengalíes, indonesios, paquistaníes, filipinos y cingaleses forman desde hace un par de horas una densa columna azotada por los remolinos de arena. Los soldados jordanos intentan imponer orden con gritos estentóreos y a golpes cuando la Babel amenaza desbordarse.

Allí, con un bidón de plástico en la mano, está Nepurniac, de Bangladesh, haciendo piña con sus compatriotas para que no se cuelen los paquistaníes. Nepurniac enfunda sus cincuenta y pocos kilos de peso en unos pantalones vaqueros y una camiseta amarillenta.

—¿De dónde viene usted?

—De Kuwait, señor.

—¿Qué hacía allí?

—Trabajaba en la compañía de limpieza Al Hamid.

—¿Desde cuándo?

—Desde hace seis años, señor. Ahora era el jefe de mi cuadrilla.

—¿Cómo era Kuwait?

—Estupendo, estupendo. Era un sitio estupendo para ahorrar dinero —Nepurniac hace sus cuentas—. Yo ganaba al mes 80 dinares [unas 28.000 pesetas]; gastaba 20 [unas 7.000 pesetas] y los 60 que me sobraban [21.000 pesetas] los enviaba a mi familia, en Bangladesh.

—¿Y cuánta gente vivía con esos 60 dinares en Bangladesh?

—Veinte personas, señor —Nepurniac sonríe—. ¡Y aún podían ahorrar un poco!

Al lado de sus tiendas de campaña, unos hindúes barbudos que ya han conseguido agua se lavan como si estuvieran haciendo sus abluciones en el sagrado Ganges. Ahorrando el precioso líquido, se frotan el cuerpo con ritual parsimonia, se limpian los dientes con los dedos y luego se pinzan las narices y las suenan con estruendo. Van desnudos, salvo por el trapo enrollado en la entrepierna que les hace de taparrabos y los turbantes de color verde, azafrán, rojo o amarillo.

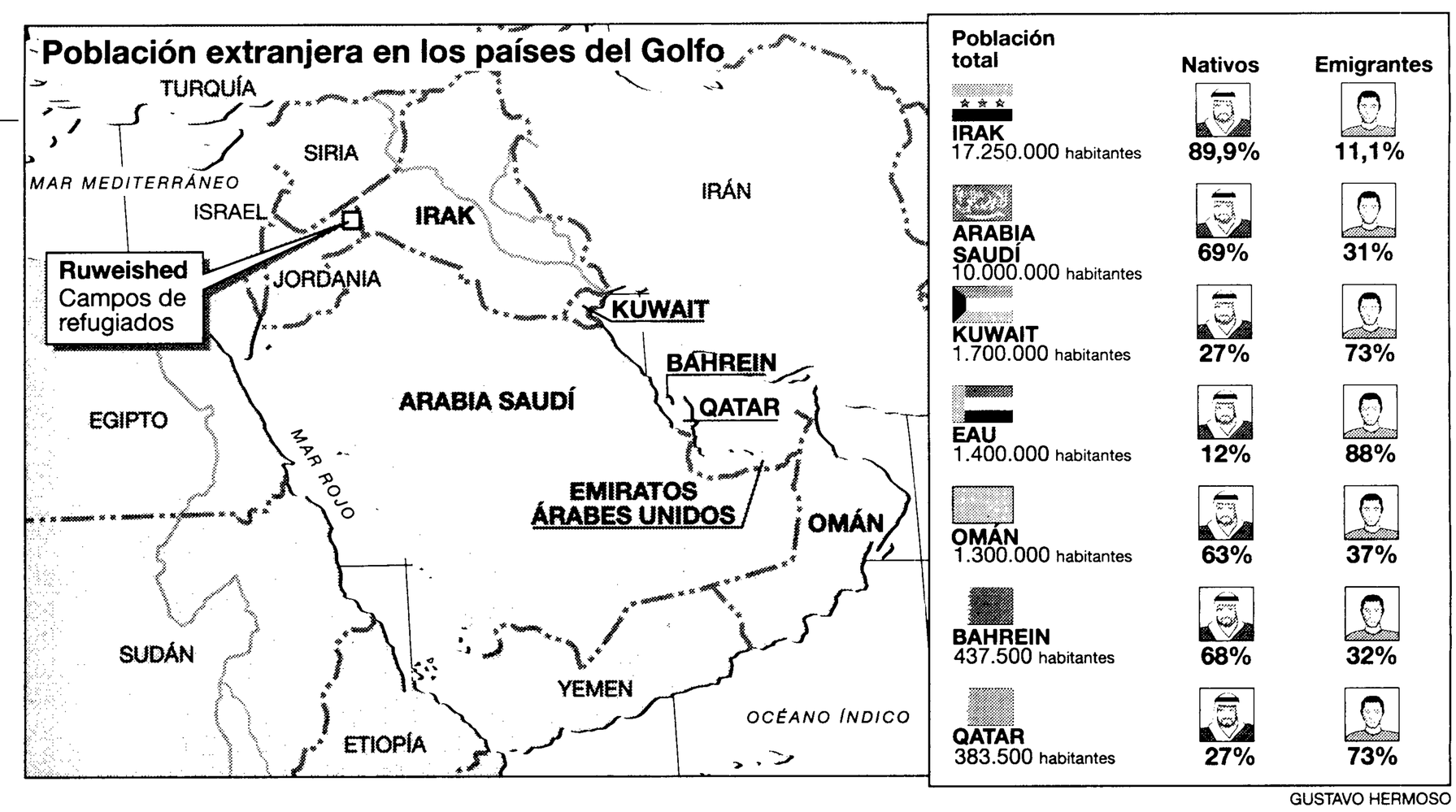
Más allá, unos muchachos filipinos, vestidos a la occidental y atildados dentro de lo que cabe, fuman y juegan a las cartas

Pasa a la **página siguiente**

BERNARDO PÉREZ

Un refugiado del campo jordano de Ruweished recoge una botella de agua ofrecida por una organización humanitaria internacional.

Refugiados



GUSTAVO HERMOSO

Viene de la **página anterior**

bajo un sombrajo formado por cuatro palos y unas mantas donadas por la Unicef. Los filipinos han delimitado su espacio vital con las maletas de cartón y las sobrecargadas bolsas de plástico que lograron sacar del emirato. Tienen también algunos radiocasetes y magnetófonos de bolsillo, pero, a falta de pilas, no pueden hacerlos funcionar.

El grupo de filipinos protege a su compatriota Lea. Lea llegó a Ruweished hace tres días, tras 50 horas de viaje en un taxi contratado en Kuwait. Le acompañaban dos filipinas, una de ellas embarazada. Sus compañeras ya han logrado salir hacia Ammán y Lea dice sentirse en este campamento como "un animal en la jungla".

Lea, de 26 años de edad, trabajaba de enfermera en un hospital de Kuwait desde hacía tan sólo cinco meses. El puñadito de dinares que había llegado a ahorrar se le fue en pagar el taxi que le sacó del emirato y la depositó en este pedregal, ardiente de día y gélido e infestado de escorpiones en cuanto cae el sol.

Durante las primeras semanas que siguieron a la invasión iraquí de Kuwait, los tambores de guerra que anunciaban un inminente castigo norteamericano a Sadam Husein, el temor de los países ricos a una crisis petrolera y la toma de rehenes occidentales por el iraquí, ocultaron al mundo el drama de los cientos de miles de emigrantes egipcios y asiáticos en Irak y Kuwait que lo habían perdido todo. Roto brutalmente el sueño de El Dorado, esos emigrantes intentaban escapar del hambre cierta y la guerra anunciada. La principal puerta que les quedaba abierta era la frontera entre Irak y Jordania.

Si el conflicto del Golfo es el primero entre el Norte y el Sur tras el final de la guerra fría, no es sólo por el hecho de que un país meridional, Irak, desafíe a Estados Unidos. El conflicto del Golfo prueba que las primeras víctimas colectivas de cualquier terremoto político o económico en el mundo, son esas masas de africanos y asiáticos que abandonan sus tierras para buscar trabajo en los países ricos. En caso de crisis, esas masas no tienen ejércitos, diplomacias o medios de comunicación propios que les protejan.

A la entrada de una tienda de campaña con la inscripción "Cruz Roja Española", Sriniwas, nacido en la India, se afeita con una cuchilla desechable, un trozo de jabón y el espejo retrovisor de un automóvil. En el interior, su mujer amamanta a una criatura de pocos meses. A unos cinco metros hay montones de basura suficientes para llenar un camión.

Esperando la guerra

Sriniwas dice no haber visto un solo funcionario de la Embajada de la India en Ammán en los siete días que lleva en Ruweished, y ni tan siquiera sabe si existe tal embajada. Tiene 26 años y lleva el torso desnudo, una tela a modo de falda y una toalla enrollada en la cabeza.

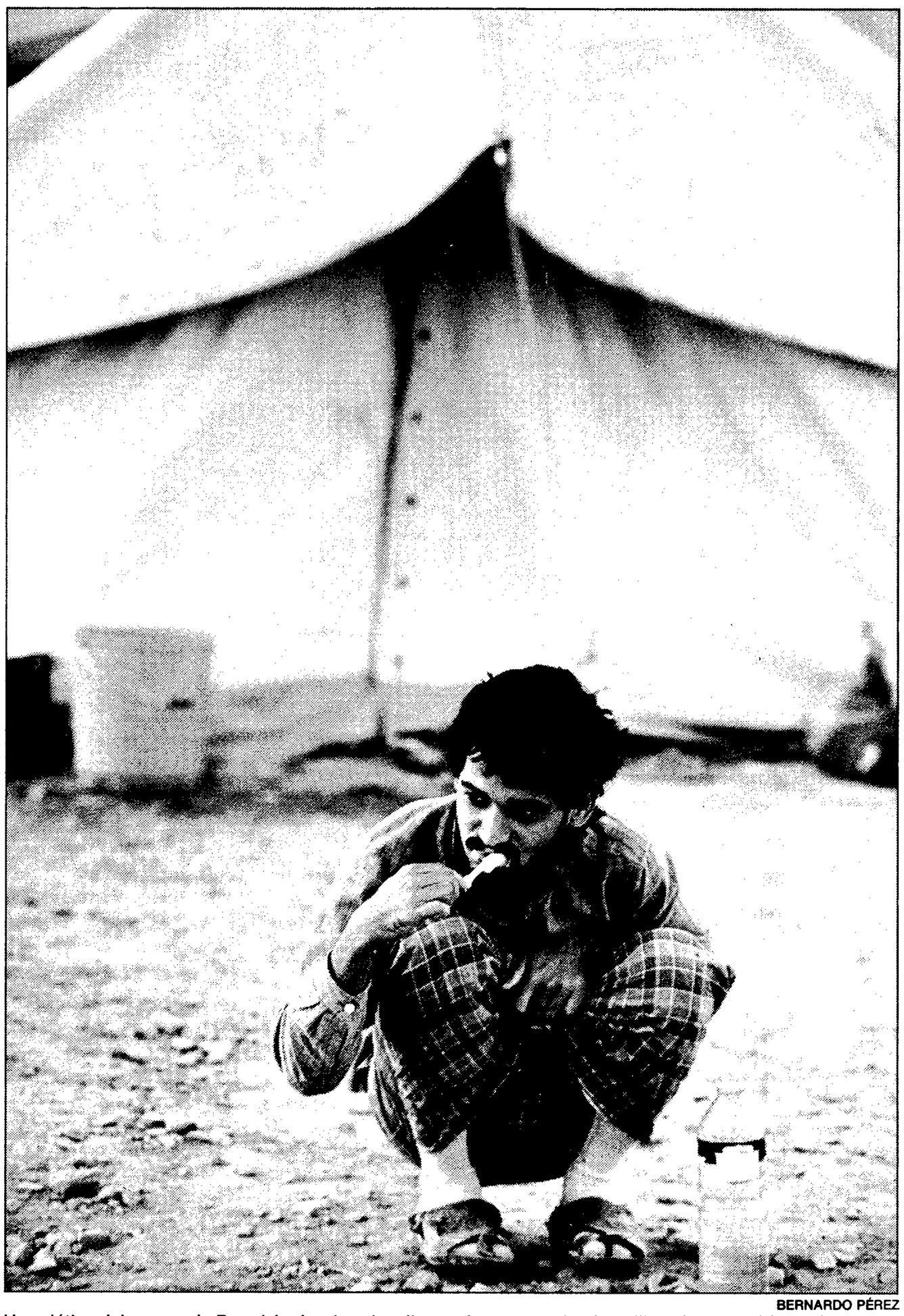
"Yo era electricista en un centro comercial de Kuwait", dice. "Llevaba allí cuatro años".

—¿Por qué se fue?

—Porque cerraron la empresa y me quedé sin trabajo. Empezó a faltar la comida y todo el mundo hablaba de que iba a haber una guerra.

Sriniwas y su familia llegaron a Ruweished en un camión de ganado alquilado por un grupo de indios. En el lado iraquí de la frontera los soldados de Sadam Husein les dijeron que en Jordania les esperaba un avión para devolverles a casa; en realidad, les esperaba el purgatorio de Ruweished. Se convirtieron en lo que Xavier Emmanuelli, presidente de la organización humanitaria francesa Médicos sin Fronteras, acababa de bautizar con el nombre de "rehenes del desierto".

—¿Cómo se han portado con usted?



BERNARDO PÉREZ

Un asiático del campo de Ruweished se lava los dientes frente a su tienda, utilizando con moderación el agua embotellada, tan escasa como preciada por los refugiados.

—Muy bien —responde Sriniwas—, todo el mundo se ha portado muy bien. Los kuwaitíes, los iraquíes, los jordanos, todo el mundo.

—¿De veras? ¿No tiene usted quejas?

El indio se lo piensa un instante y luego, armado de valor, confiesa:

—La comida.

—¿Las colas?

—Sí, las colas; pero, sobre todo, que no nos dan arroz.

—¿Qué les dan?

—Pan árabe, quesitos, tomates, pepinos y —Sriniwas pone cara de horror absoluto— ¡carne de vaca enlatada!

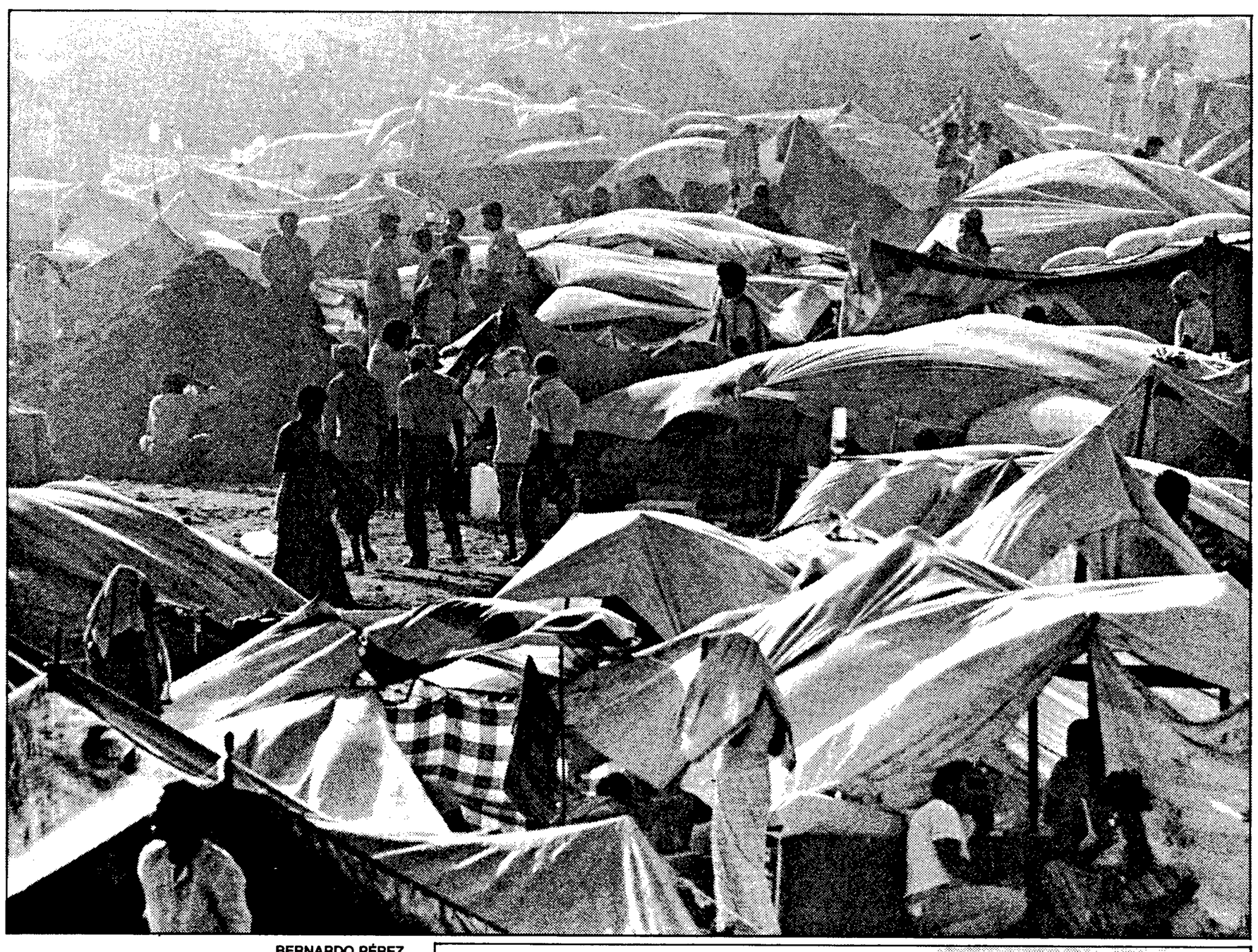
Samia trabaja para la Media Luna Roja jordana y lleva 10 días trabajando 16 horas diarias en la intendencia del campamento de refugiados. Sus compañeras lavan montones de tomates en baldes mugrientos. No, afirma Samia, no han habido casos de cólera en los campamentos de Shaalan Uno y Dos, en contra de lo que han anunciado algunas agencias occidentales de noticias. Pero Samia tiene una verdadera historia macabra que contar. Lleva al periodista a un montón de cajas que contienen carne de vaca enviada por la Comunidad Europea. "¿Ve usted esas cajas?", dice; "hemos analizado su contenido y la carne [esa carne de vaca que Sriniwas, como buen hindú, no puede comer] no es apta para el consumo humano. Hay un total de 32.677 latas inútiles. Apúntelo".

El pasado jueves, los doctores de las organizaciones humanitarias presentes en los campamentos de Ruweished atendieron a un millar de refugiados. Los casos más comunes fueron catarros, diarreas, deshidrataciones, picaduras de escorpiones y problemas respiratorios provocados por las tormentas de arena.

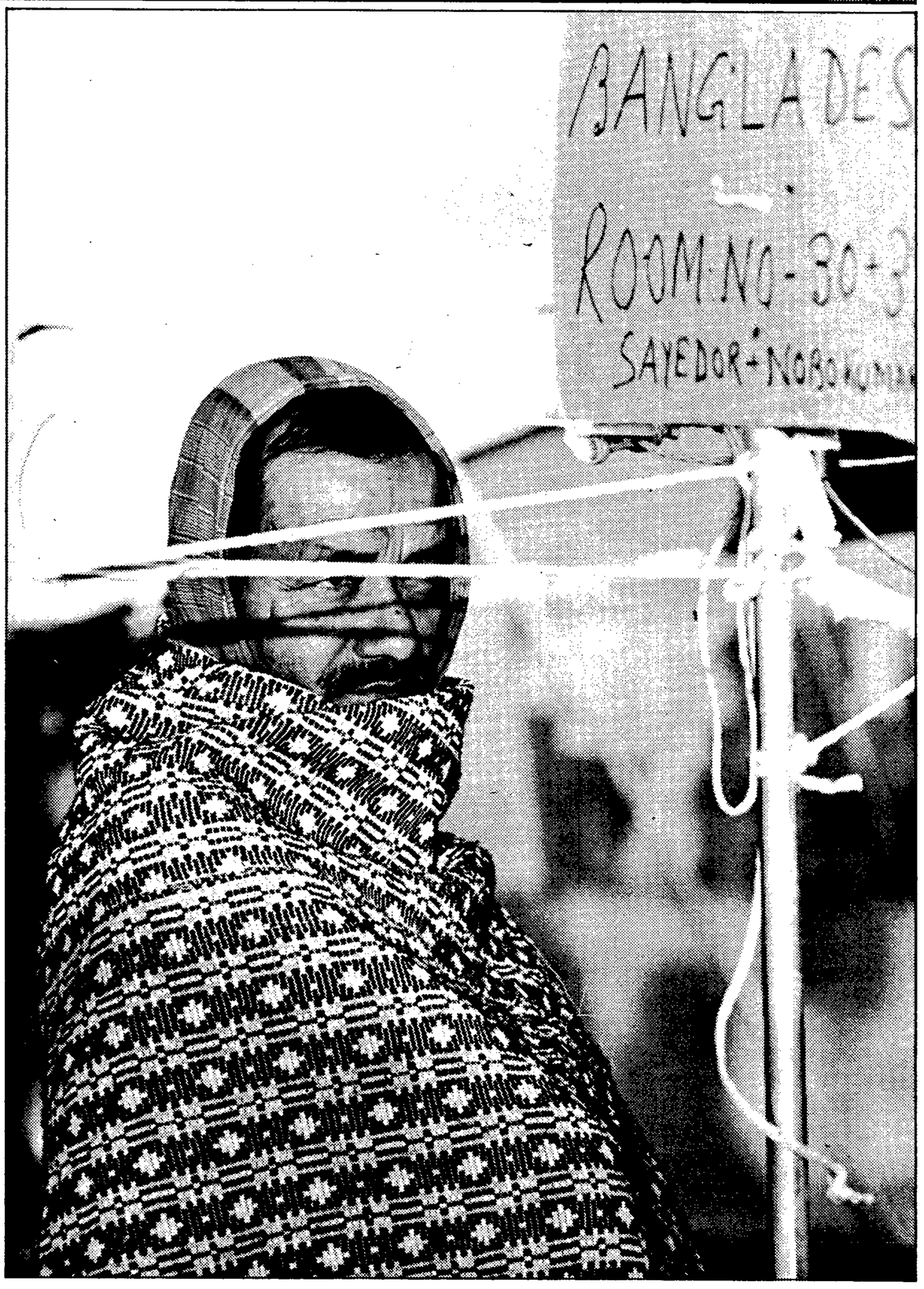
Ése fue un buen día en una semana algo mejor que la anterior. Una mayor atención de la comunidad internacional al drama de los millares de asiáticos estancados en el desierto jordano había logrado acelerar el ritmo de su evacuación. Unas 8.000 personas volaban a diario desde Ammán hacia sus países de origen, en un puente aéreo calificado por Klaus Wiersing, de la Organización de las Naciones Unidas para la Asistencia en Situaciones Catastróficas (UNDRO), de "la mayor operación de repatriación aérea desde la II Guerra Mundial".

Ese mismo día, la Cruz Roja Internacional y la Media Luna Roja jordana abrieron dos nuevos campamentos de refugiados en la región de Azraq, a medio camino entre la frontera y Ammán. Los primeros 600 indios que llegaron a Azraq desde Ruweished estuvieron a punto de amotinarse: habían creído que se les llevaba directamente al aeropuerto.

Aún quedaban unos 50.000 asiáticos en Jordania y llegaban noticias de que en el lado iraquí de la frontera esperaban muchos más. De visita en Ammán, Ibrahim al Nuri, director de la Media Luna Roja iraquí, dijo que cerca de 300.000 egipcios y



BERNARDO PÉREZ
Arriba, un aspecto del campo de refugiados de Ruweished, en territorio jordano, cerca de la frontera iraquí. Abajo, un emigrante de Bangladesh, frente a la tienda asignada a sus compatriotas.



al menos 65.000 asiáticos aguardaban su turno para entrar en Jordania. Más pesimista, Salameh Hammad, responsable del comité de emergencia creado en Ammán, declaró: "Esperamos aún la llegada en las próximas dos semanas de unos 300.000 egipcios y otros tantos asiáticos".

En Ginebra, el príncipe Sadrudin Agá Jan, recién nombrado asistente especial del secretario general de la ONU para este problema, dijo: "Lo que hemos visto hasta ahora es sólo la punta del iceberg".

Lo que la pobre Jordania había visto hasta ese momento era cómo desde principios de agosto se le habían venido encima cerca de medio millón de personas procedentes de Irak y Kuwait. Y si dar salida a los egipcios estaba siendo relativamente fácil —los egipcios atraviesan en vehículos el reino hachemí y se embarcan en Akaba hacia su país—, la evacuación de los asiáticos tenía que ser necesariamente aérea.

Soñar con El Dorado

Una decena de mujeres de Sri Lanka se alejan del campamento en busca de alguna lomilla tras la que ocultarse y hacer sus necesidades. De Oriente, un grupo de jóvenes tailandeses de aire deportivo se incorpora caminando a este purgatorio donde los asiáticos expían el pecado de haber soñado con El Dorado. Uno de ellos, con gafas de sol y un magnetófono de bolsillo, da un vistazo general y bromea: "Esto no presenta un aire muy prometedor".

"¡Iala, iala!" ("¡Vamos, vamos!"), jalean los soldados jordanos a una cincuentena de afortunados paquistaníes que van a subir a un autobús con destino a Ammán. Cargados de bultos y con sonrisas de felicidad, los paquistaníes corren que se las pelan.

Nawasish, de 55 años, abandona Ruweished tras una estancia de seis días. Hace apenas un mes y medio Nawaish era un hombre feliz, con un pequeño negocio de ultramarinos en el país más rico del mundo.

Pero su tiendecita fue arrasada por las tropas invasoras. El cierre de los bancos le impidió retirar sus ahorros; tuvo que emprender viaje hacia la frontera jordana, y en el camino, para conseguir agua y comida, gastó sus últimos billetes y hasta tuvo que vender a unos soldados iraquíes su reloj y su cadena de oro.

Nawasish es más pobre ahora que cuando llegó a Kuwait, 12 años atrás. Musulmán practicante, el paquistaní se consuela pensando que tal es "la voluntad de Alá".

Dentro de unas cuatro horas, tras cruzar el desierto a través de una carretera de neumáticos reventados y camellos atropellados en los arcenes, Nawasish y sus compatriotas estarán en un nuevo campamento de refugiados. Éste, el de la Feria de Muestras de Ammán, será su penúltima escala antes de tomar el avión que les llevará a Karachi.

En el parabrisas del autobús en el que sube Nawasish hay pegada una foto del rey Hussein abrazando a Sadam.

Médicos en la frontera del éxodo

KORO CASTELLANO

"En aquella porción de desierto ardiente que nos había asignado el gobierno jordano levantamos diez tiendas, muy monas, muy blancas, como un auténtico campo de refugiados de juguete. Y de pronto llegaron 4.000 personas frenéticas huyendo de Kuwait, colocaron sus bártulos donde mejor pudieron y se organizó una batalla campal para situarlos y poner orden". A Lou Bartels, médico holandés de 36 años y miembro de la organización humanitaria Médicos Sin Fronteras (MSF), se le ponen los pelos de punta al recordarlo.

Mientras el mundo entero veía cómodamente por televisión el éxodo desesperado de miles de asiáticos y se preocupaba por la subida del precio del crudo, un equipo de cuatro médicos, cuatro enfermeros y seis logistas ponía manos a la obra para ocuparse de la supervivencia de los 12.000 refugiados que llenarían su campamento. En sólo una tarde, MSF montó 500 tiendas, un dispensario, un pequeño hospital y organizó sus 20 toneladas de material sanitario. "Pasaron dos días hasta que todo estuvo en su sitio. Bueno, más o menos en su sitio", reconoce Bartels.

Con un horario interminable, pasando consulta a una media de 400 pacientes diarios, Nuria Mas, catalana de 36 años, la única doctora española del equipo de MSF en Jordania, lucha contra insolaciones, deshidrataciones, mareos y desfallecimientos provocados por temperaturas de casi 50 grados "con hielo y un ventilador que pudimos comprar. Es duro, desde luego. Yo me metí en esto porque me gusta la aventura, el riesgo, el no saber qué puede pasar al día siguiente y pienso quedarme hasta que no pueda más porque creo que es la mejor manera de ayudar a esta gente, que ha tenido que abandonarlo todo, que ya no le quedan ni los sueños".

En mitad de la nada

Perdidos en mitad de la nada, el equipo de MSF intenta poner orden en el caos. Explican hasta la saciedad que nadie debe lavarse ni escupir cerca de los depósitos de agua. Intervienen en los lógicos conflictos étnicos provocados por la tensión y los malentendidos. Evacúan los casos de urgencia al hospital más cercano, en Ruweished, justo pasada la frontera jordana, y envían cartas que no necesitan sellos con la esperanza de que los familiares de los que han huido sepan qué ha sido de ellos desde la invasión iraquí. Sus vacaciones consisten en un día de asueto en Ammán, a tres horas de camino, por cada dos semanas de trabajo en el campo.

Sin embargo, avalada por sus anteriores actuaciones entre las víctimas del terremoto iraní, la reconciliación nicaragüense o la guerra del Líbano, MSF disfruta de unos medios privilegiados. En otras instalaciones de organizaciones humanitarias, como la Media Luna Roja —con 40.000 refugiados—, la situación es mucho más dramática. Al menos, Médicos Sin Fronteras dispone de agua suficiente (180.000 litros diarios), 40 soldados para mediar en las disputas y un presupuesto de casi 500.000 ecus. "Por eso llamamos al campamento Club Méditerranée Médicos Sin Fronteras", bromea Hans Everts, de 39 años, logista responsable del suministro del agua, de la salida de mujeres embarazadas y niños y de la recogida de basura, toneladas de deshechos que irán a parar a las arenas del desierto. "No necesitamos dinero, sino que se los lleven cuanto antes. Esto te enfrenta a muchas situaciones dramáticas. Ellos creen que cuando lleguen a Ammán serán libres, pero en realidad allí empezará lo peor".

Con los ojos secos y la piel quebrada por la arena, los refugiados vagan a la deriva sin más ocupación que la de esperar su evacuación. "Si MSF no estuviera aquí, el 90% de nosotros hubiera muerto", afirma una joven filipina. "Son nuestra única ayuda. Yo estaré en deuda con ellos el resto de mis días".